

una mentalidad nacional superior, que está perparada de otra manera para constituir la nueva nacionalidad.

El siglo que desde entonces ha transcurrido fué para la América latina un siglo de organización y de educación para salir del régimen feudal representado por la anarquía y el caudillismo. Estos pueblos han debido improvisar las instituciones económicas y políticas que España no pudo legarles. La tarea ha sido impropia, chocándose con la suma dificultad de obtener que las instituciones fueran un reflejo real de las condiciones de hecho en que se encontraban (2); hasta hace poco tiempo fueron variables é indeterminadas. Las guerras civiles, el caudillaje, las revoluciones de los bandos políticos, la inmoralidad económica y política de los Gobiernos, han sido la suprema ley que ha regido casi siempre su vida; todo ello interrumpido por períodos de tiranías durante las cuales un progreso real ha compensado generalmente la poca libertad perdida.

Así como las condiciones geográficas predeterminaban que España, Portugal é Inglaterra fueran los países que debían colonizar y civilizar el Nuevo Mundo, condiciones geográficas semejantes determinaron en los diversos pueblos americanos, y muy especialmente en la República Argentina, la ruta

(1) Adolfo Saldías: *La evolución de la idea republicana.*

de los elementos de civilización al incorporarse á su vida política y económica. En la Argentina comenzó necesariamente por las provincias que están en comunicación con el inmenso estuario del Plata; esta circunstancia del ambiente natural determinó, á su vez, una gran diferencia en el desarrollo del ambiente económico alcanzado por las provincias del litoral y las del interior, causa de heterogeneidades sociológicas que aun persisten, manifestándose, en formas cada vez menos violentas, en toda la vida política del país.

En las páginas siguientes restringiremos á la Argentina el estudio de las bases económicas de la evolución sociológica, tomando como su exponente más tangible el fenómeno político.

III

LA FORMACIÓN FEUDAL: ORGANIZACIÓN DE LA NACIONALIDAD

Al emanciparse de la dominación española, cuyo sistema colonial fué negativo para el porvenir económico de sus colonias, la Argentina se encontró con una producción primitiva, sin embrión alguno de vida industrial y con un comercio mezquino, carcomido por el contrabando.

Los criollos, políticamente libres, se encontraron desorientados, sin otro programa de trabajo que reemplazar á los españoles en la apropiación de la tierra y usufructuar de sus productos naturales. Durante los primeros veinte años de la vida política argentina (1810-1830), la ausencia de intereses bien definidos caracterizó la más completa desorganización económica; esta fué la base sociológica de una política personalista y caótica que los historiadores llaman «el período de la anarquía argentina». Rivadavia fué un paréntesis, un relám-

pago fugaz en la penumbra de su tiempo (1). Este régimen fué un feudalismo bárbaro. Los propietarios de la tierra eran señores en sus dominios: resumían en su propia persona la autoridad política y el privilegio económico. El latifundio fué al mismo tiempo la causa primordial del caciquismo y de la aniquilación político-económica del proletariado rural; estudiando la «Ley de Enfitesis» de Rivadavia, Estrada hizo notar todos los inconvenientes que había tenido para nuestra vida civil el latifundio improductivo y los que tendría la progresiva desaparición de la tierra libre para la evolución del gaucho, tipo genuino del asalariado criollo en una sociedad exclusivamente pastora (2). Desde este punto de vista las leyes agrarias de Rivadavia representan el más culminante esfuerzo por contrarrestar el régimen de apropiación feudal de la tierra, problema que es el eje de toda la formación sociológica argentina, desde el coloniaje hasta nuestros días. Los señores feudales tenían el nombre de *caudillos*, agrupándose los más débiles en torno de los más poderosos para constituir facciones políticas generalmente inorgánicas, puesto que no respondían á unidad de intereses económicos, sino á pasiones é intereses de orden personal. Este régimen político, llamado *caudillismo*,

(1) Andrés Lamas: *Bernardino Rivadavia y su tiempo*, Ramón Melgar: *Rivadavia*.

(2) José M. Estrada: *Lecciones sobre la historia de la República Argentina*.

fué la superestructura política natural de un régimen económico feudal. Cuando la acción de los partidos políticos no está determinada por intereses comunes, la influencia personal de los jefes es la única fuerza que orienta á las facciones para disputarse el ejercicio del poder (2).

La característica objetiva de este régimen es la ausencia de intereses económicos diferenciados, debida á la falta de una organización cualquiera del trabajo productivo. En este primer período no existen verdaderos partidos políticos, sino influencias personales fundadas en la riqueza ó en la audacia de los *caudillos*.

Cuando la producción comienza á organizarse, defínense vagamente en el país diversos intereses económicos; el régimen del feudalismo inorgánico se transforma en feudalismo organizado. A la «anarquía de los caudillos» se substituye el «régimen caudillista organizado» que, en cierto modo, refleja la parte más importante de los intereses económicos en formación.

Estos devienen orgánicos cuando la agricultura y la ganadería se desarrollan metódicamente, reemplazando el primitivo pastoreo por la *estancia*;

(2) V. F. López: *Historia Argentina*.—General Paz: *Memorias*.—C. O. Bunge: *Nuestra América*.—Lucas Ayragaray: *La Anarquía Argentina y el Caudillismo*.—D. F. Sarmiento: *Facundo*.—David Peña: *Juan Facundo Quiroga*.—C. M. Urien: *Quiroga*.

se acentúan más tarde cuando se inicia la vida industrial y se desarrolla el comercio.

Esos fenómenos económicos (á igualdad de capacidad productiva de la tierra) se realizan primero en las regiones cuya situación geográfica facilita la circulación de los productos. En cierto momento de la evolución sociológica argentina, la ciudad de Buenos Aires y parte de las provincias situadas sobre el Plata y sus grandes afluentes, se encuentran más civilizadas que las provincias mediterráneas; el Oeste y Norte del país permanecen en pleno régimen feudal. Este desequilibrio natural entre la evolución económica de dos zonas del país fué causa de graves disidencias que duraron medio siglo; persisten todavía, aunque transformadas.

En primer lugar apareció el conflicto entre la anarquía y el régimen feudal. El *caudillismo inorgánico* vino á resolverse en la sistematización del feudalismo cuyo exponente político fué el *caudillismo organizado*. Esta primera evolución de la política argentina, representada por el engranamiento y la subordinación gradual de los pequeños señores feudales, tuvo su personaje representativo en D. Juan Manuel de Rosas (1). En este sentido puede decirse que él constituyó de hecho, si no le derecho, la nacionalidad argentina sobre el caos

(1) Ernesto Quesada: *La época de Rosas*.—J. M. Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*.

inorgánico del período anárquico. Conviene advertir que, después de vencerlo, sus enemigos políticos han desfigurado su rol histórico, presentándolo simplemente como un tirano implacable; tuvo, es cierto, los defectos políticos de su época y empleó procedimientos tan extremos como los de sus propios enemigos.

Ernesto Quesada pintó con rasgos firmes el carácter netamente *feudal* de la época, que llama «la edad media argentina», estableciendo un paralelo entre ella y el feudalismo europeo, ya esbozado también por Alberdi. El último período de unificación de los señores feudales en grandes estados, lo compara á la acción de Rosas sobre el caudillismo anárquico. «Esa evolución también se realizó entre nosotros, justamente durante el largo período de Rosas. Esa lucha entre los caudillos de provincia y el poder central, ayudado por la natural influencia de la metrópoli, puerto de importación y centro propulsor, se complicó aquí con los celos de terruño, representados por localismos estrechos, y por el antagonismo entre provincianos y porteños. La anarquía del año 20 representó el triunfo del «feudalismo» en su primer período, y quedaron los «barones» de nuevo cuño flotantes é indecisos hasta que el tratado cuadrilátero y el pacto de 1831, al reconstruir nominalmente la confederación, de nuevo dieron vida á la cohesión nacional. Pero todo ello había sido en vano,

y el caudillaje se habría fortalecido, en vez de debilitarse, si no aparece la personalidad de Rosas, caudillo como los otros, pero con mayor prestigio personal, con mayor inteligencia y con feudo más poderoso. Principia entonces esa larga y sorda lucha, que duró veinte años, entre el poder central de Rosas y la soberbia de los caudillos de provincia; Rosas, con tino perfecto, apaciguó primero, dominó después y disminuyó, por último, los caudillajes localistas—los «señoríos» feudales—, acostumbrándolos primero al acatamiento de la entidad moral que llamó Confederación Argentina, é imponiéndoles al fin la preeminencia del gobierno nacional. Esa obra de profundo político, que tenía que luchar con rencillas terribles de barrio y con la astucia ingénita de caudillos avezados, se llevó á cabo con una diplomacia admirable y con una inquebrantable firmeza, en medio de un período terrible, con invasiones constantes de los unitarios, sufriendo guerras sucesivas con las naciones más poderosas de Europa, sin recursos, luchando con todo género de inconvenientes exteriores é interiores» (páginas 66 y 67).

Mientras se organizaban las oligarquías feudales argentinas, con el nombre de partido federal (representando, sin saberlo, la gran masa de los intereses del país, eminentemente feudatarios y pecuarios), comenzó á constituirse lentamente,

otra facción sobre la base de la oligarquía urbana de Buenos Aires, con el nombre de *partido unitario*; formaron en sus filas algunos intelectuales doctrinarios, muchos publicistas vehementes y los enemigos políticos de la facción gobernante, pero todos juntos no representaron nunca la mayoría de los intereses feudales del país (fue el anticipado representante de intereses que solamente más tarde aparecerían, al desenvolverse un régimen agro-pecuario industrializado y desarrollarse el comercio). Huelga demostrar que esas tendencias políticas ignoraban en absoluto su propio fundamento económico; por otra parte, esta génesis sociológica de los partidos argentinos debe tomarse como una interpretación general, en un sentido amplio; no pretende corresponder en detalle á todos los acontecimientos particulares.

El rasgo característico de este segundo período es el conflicto entre dos etapas distintas de la evolución económica. El interior del país, su casi totalidad, vivía del pastoreo primitivo, sin que se observara ninguna tendencia á industrializar la ganadería; al mismo tiempo, en la zona del país favorecida geográficamente se inició el sistema de producción moderna, tanto en el orden agrícola y ganadero como en la actividad industrial y comercial. Las dos partes del conflicto podían simbolizarse en estos términos: la ciudad, con su *aduanas*, y las provincias, con sus *feudos*, tomadas

en un sentido sociológico general, como expresiones representativas de tendencias económicas que preparaban su porvenir. Estas dos tendencias, cuyos intereses son heterogéneos (conteniendo en germen el conflicto económico universal entre el interés y la renta), fueron la base de la lucha civil, disfrazada con los nombres de Unitarismo y Federalismo. Esos dos partidos representan las dos formas fundamentales que más tarde revestirá la naciente burguesía argentina.

El hecho fundamental de la época es que los intereses de las oligarquías feudales eran los más importantes en la vida económica argentina; por eso le correspondió lógicamente el predominio político sobre la oligarquía metropolitana (1825-1850) (1).

El proletariado rural, ignorantísimo, sirvió en esta lucha á la clase feudal (2).

El caudillismo anárquico, en suma, representa una forma política de transición, propia de un agregado social cuya constitución está en vías de definirse. Sarmiento (3) tuvo la intuición exacta del fenómeno, aunque no pudo expresarlo como hoy podría exigirse de un sociólogo. «La lucha parecía política y era social», dice (II, 472); so-

(1) Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina*.

(2) J. M. Ramos Mejía: *Las multitudes argentinas*.

(3) Sarmiento: *Conflictos y armonías, etc.*

cial entre la «barbarie» y la «civilización». Este conflicto ha sido erróneamente interpretado; para García, Ramos Mexía, Justo y Lugones las luchas civiles tienen su eje en una lucha de clases; el federalismo («barbarie» de Sarmiento) representa el proletariado y el unitarismo («civilización») la burguesía naciente; Paz ha sido diestramente citado en favor de esa tesis. A tal criterio hemos opuesto otra interpretación, que continuamos considerando más exacta. Todas esas luchas no fueron entre la burguesía naciente, deseosa de afirmar su poderío de clase, y las multitudes desheredadas que defendían la barbarie agonizante; fueron luchas entre dos facciones oligárquicas que se disputaban el poder al surgir sobre el sistema económico colonial: la una tendía hacia el régimen feudal, sistema conveniente para la clase feudataria; la otra representaba la tendencia económica propia de la fracción comercial, radicada en la única aduana natural del país. La primera tuvo el apoyo del proletariado rural semibárbaro, siervo obligado de sus caudillos.

Mientras falte una demostración desapasionada de las causas económicas de la lucha civil, señalemos que nuestra interpretación está legitimada por uno de los maestros del economismo histórico. Loria señala con claridad el fenómeno de la lucha por el predominio económico entre dos fracciones de la clase dominante, divididas

por heterogeneidad de intereses: la una feudataria y la otra capitalista, pudiendo existir comunidad transitoria de intereses entre una de ellas y el proletariado.

Alberdi y E. Quesada coinciden en señalar un equívoco fomentado por Sarmiento con su «Facundo», concurriendo á cimentar la leyenda del federalismo bárbaro y el unitarismo civilizador, cuando sólo cabe ver en el primero una sistematización de las oligarquías feudales que representan los más grandes intereses del país, contra una exigua oligarquía porteña constituida por una aristocracia de tenderos con actitudes de personajes. «En la antítesis paradójica de *civilización y barbarie*, que Sarmiento ha hecho popular, se asigna á Rosas y los federales el último papel, y se deja el primero á los unitarios, eminentemente urbanos: éstos simbolizan las ciudades, aquéllos las campañas. Esa antítesis se ha convertido en una muletilla, pero es tan infundada que Alberdi mismo ha observado que lo «curioso es que representa la barbarie el que cabalmente representa la civilización, que es la riqueza producida por las campañas, mientras que en las ciudades, por siglos, estuvieron excluidas las artes, la industria, las ciencias y las luces: las campañas rurales representan lo que Sud América tiene de más serio para Europa (1)». La revolución argentina habla

(1) Alberdi: *Escritos póstumos*, V, 279.

sido sustentada y manejada en su provecho, por fracciones metropolitanas que descuidaban en absoluto los intereses de las campañas: éstas reaccionaron y fué Rosas quien se puso á su cabeza. Para triunfar, necesitaban dominar en las ciudades y cambiar la orientación del gobierno, porque sólo en la metrópoli se encontraba la llave del tesoro público (la aduana), nervio del poder, cuya naturaleza es esencialmente económica. La «suma del poder», el terror y demás accidentes, no fueron sino la forma de consolidación del poder real, etc.» (1).

La oligarquía porteña, que no representaba la mayoría de los intereses reales del país, suplantó al partido federal gracias á una división de éste. Urquiza, señor feudal de las provincias del Este y lugarteniente de Rosas, alióse con sus naturales enemigos, contribuyendo á que el gobierno del país pasara á manos del partido que se llamaba unitario (2). Este anuló á Urquiza y sus cronistas difamaron el régimen caído.

La fuerza de los hechos pudo más que las nomenclaturas políticas. El triunfo de los unitarios fué puramente nominal; los intereses económicos del país eran los que servían de base al parti-

(1) E. Quesada: *La época de Rosas*, págs. 139 y 140.

(2) J. Victorica: *Urquiza y Mitre*; Ruiz Moreno: *La Organización Nacional*; A. de Vedia: *La Constitución Argentina*; Elisa Ferrari Oyhanarte: *Cepeda*.

do llamado federal; el país, después de la caída de Rosas, adoptó una Constitución federal y siguió siendo, de hecho, un sistema caudillista organizado, aunque atenuadas ya ciertas violencias anteriores. No obstante la designación de «federalismo», es innegable cierta unificación política y mental, á medida que el país se homogeneiza y la organización nacional se convierte en una realidad (1). Los hombres representativos del llamado unitarismo fueron dos estadistas eminentes: Bartolomé Mitre y Domingo Sarmiento, que se sucedieron en la presidencia de la República.

Durante ese período (1850-1874) las oligarquías mediterráneas, que antes convergieron á formar el Partido Federal, se reorganizan y concurren á la formación del Partido Autonomista Nacional, frente á la oligarquía metropolitana que continúa la política del Partido Unitario, conservando el poder político con el apoyo de la provincia de Buenos Aires.

Entonces la organización político-social argentina comienza á delinear sus contornos. La clase feudal define intereses cada vez más netos y evolucionados; frente á ella se inicia el desarrollo del régimen capitalista: en la producción agropecuaria y en la producción industrial. En Buenos Aires despiertan las industrias, se amplía el comer-

(1) R. Rivarola: *Del régimen federativo al régimen unitario*.

cio, la actividad económica tiende á nivelarse con la de países económicamente más evolucionados. En las provincias la primitiva producción feudal va substituyéndose por sistemas de agricultura y ganadería cada vez más técnicos é industrializados; en pocos años la producción rural se eleva, centuplicando la riqueza nacional (1).

Al terminarse este período la escisión de los intereses económicos es fácilmente visible y se refleja netamente en la vida política; junto á la antigua clase feudal se ha formado una clase agropecuaria poderosa y una clase capitalista naciente.

(1) Consultar los *Anuarios de Estadística*, cuyo resumen sólo tendría por resultado alargar inútilmente estas páginas.

IV

LA FORMACIÓN AGROPECUARIA : LA SEGUNDA
COLONIZACIÓN DEL PAÍS

La «organización nacional», efectivamente realizada por Rosas al unificar el caudillismo anárquico, fué consolidada ulteriormente por Urquiza y Mitre; así lo juzgarán los historiadores del porvenir, libres de las pequeñas preocupaciones contemporáneas en que dura el eco de transitorias discordias de facción y bandería. Proceso lento y progresivo, fué obra de una evolución natural en la que estuvieron complicados hombres y partidos antagonistas. El paréntesis unitario no tuvo de tal más que el nombre: la fuerza de las cosas restableció el equilibrio de la nación sobre la base del régimen federal. Poco á poco los intereses de la sociedad feudal recuperan su natural hegemonía: representan la enorme mayoría de los intereses nacionales y les corresponde administrarlos mediante el poder político. Con la presidencia de Nicolás Avellaneda se inicia el advenimiento del

Partido Autonomista Nacional, cuya fuerza arraiga en las provincias mediterráneas, como ahora la del Partido Federal.

Este período tiene dos características económicas perfectamente definidas: primera, la clase terrateniente se transforma de feudal en agropecuaria, iniciándose esta evolución en las provincias del litoral, cuya situación geográfica facilita la circulación de los productos en el mercado internacional; segunda, la inmigración incorpora al país una masa enorme de trabajadores europeos que aumentan la producción nacional.

El caudillo se convierte en estanciero; el gaucho en peón. Junto á ellos nace una fuerza nueva: el colono, menospreciado por aquéllos, sin advertir que él y sus hijos constituirán medio siglo más tarde la fuerza política más importante de las provincias en que se radican. Vasco ó gallego en Buenos Aires, italiano en Santa Fe, Entre Ríos y Mendoza, disputa palmo á palmo la propiedad de la tierra al terrateniente criollo, y en parte la adquiere. Las costumbres de la clase gobernante—como las de los «godos» en el coloniaje—tienden á obstaculizar esa apropiación de la tierra por el colono; las mejores leyes dictadas durante los últimos cuarenta años se quiebran contra el nefasto hábito tradicional: la pésima distribución de la tierra pública. Nunca va directamente á manos del colono que la trabaja, sino á la de favoritos que la roban al Es-

tado ó á las de capitalistas extranjeros que la acaparan con fines de especulación. El problema que desesperaba al agricultor durante el coloniaje, el que denunciaban los patriotas en vísperas de la revolución, el que preocupó á Rivadavia, sigue siendo el mismo: el privilegio pone la tierra en manos de los que no saben trabajar.

A pesar del latifundio, fomentado de hecho por todos los Gobiernos, la inmigración transforma el régimen feudal en régimen agropecuario. Donde la agricultura no llega, la ganadería se industrializa. El pastoreo primitivo queda relegado á las regiones más distantes del Plata y sus afluentes. Son las condiciones del medio físico las que determinan en gran parte esa evolución. El país no tiene minas fácilmente explotables; sus industrias tropiezan con la escasez de población que encarece el trabajo; su comercio es una consecuencia de la producción agropecuaria. La fertilidad de la tierra y las vías fluviales de comunicación concentran en el litoral el trabajo inmigrado, pues allí es mayor é inmediato su rendimiento. Las provincias de Cuyo, estimuladas de antiguo por el comercio y la mano de obra chilenos, constituyen un foco especial de colonización que atrae alguna parte de la inmigración concentrada en el litoral.

Fuera del litoral y Cuyo, el país se mantiene en plena economía feudal; muchas regiones y ciudades han perdido en nuestros días la importancia

relativa que tuvieron hasta hace pocas décadas. No porque su tierra sea pobre ó estéril, sino porque sus medios de comunicación son más difíciles; en igualdad de condiciones, la producción se intensifica naturalmente en las zonas más propicias á la circulación de los productos.

Si el Partido Federal fué la expresión política de las oligarquías feudales, el Partido Autonomista Nacional las representó políticamente durante su evolución hacia el régimen agropecuario. Su influencia fué contrastada sin cesar por varios grupos políticos cuyas tendencias continuaban las del Partido Unitario; y esos partidos (Liberal, Cívico, Radical, Demócrata, Republicano, Autonomista, etcétera) suman á las fuerzas de Buenos Aires las de fracciones opositoras á las diversas oligarquías provinciales, siendo sus éxitos siempre parciales ó transitorios. Los intereses que ellos podían representar—prescindiendo del afán de predominio de la oligarquía porteña sobre las oligarquías provinciales—poco gravitaban en la balanza de los intereses económicos del país. Las provincias feudales y las encaminadas en la evolución agropecuaria fueron la base económica del predominio del Partido Autonomista Nacional. Julio Roca, presidente dos veces, dotado de gran sentido de las realidades prácticas, fué el portavoz de esa política y el jefe de ese partido. Durante los últimos treinta años el Gobierno ha representado los intereses de la gran

masa de la producción nacional, esencialmente agropecuarios. Toda política favorable á los intereses del capitalismo naciente (que es una pequeña minoría) ha sido un proteccionismo de especulación sobre la economía del trabajo social, pues las verdaderas fuentes de la riqueza colectiva son la agricultura y la ganadería.

Durante este período (1874-1910) el régimen político se hace cada vez menos *caudillista*. El Partido Autonomista Nacional es una sistematización de los intereses económicos propios de la clase agropecuaria y conservadora; los partidos opositores metropolitanos son portavoces de la naciente burguesía capitalista y liberal. Sin embargo, todos ellos son empíricos; no tienen conciencia clara de su propia función económica ni de los intereses que representan en la vida política. Tienen programas de una vaguedad incomprensible, cuya fórmula más concreta suele ser la «moralidad política y administrativa».

Es posible que esa falta de finalidades económicas conscientes pueda atribuirse á la excesiva riqueza del país, debida á su enorme producción agropecuaria; ese hecho atenúa el choque de los diversos intereses heterogéneos, no transparentándose los conflictos económicos, perdiendo esa violencia que los caracteriza en países menos ricos.

LA FORMACIÓN CAPITALISTA : SUS FUTURAS
CONSECUENCIAS POLÍTICAS

En las últimas décadas se ha acentuado en los países de raza blanca la evolución hacia nuevas formas económicas : el capitalismo.

El desarrollo rápido de las fuerzas productivas, que implica la necesidad de intensificarlas, hace que el ambiente económico se transforme rápidamente, creando nuevas relaciones entre los individuos y entre las colectividades.

En la industria la máquina realiza la más grande de las revoluciones que ha presenciado la historia : emancipa gradualmente al hombre del trabajo, permitiéndole satisfacer necesidades crecientes con un esfuerzo cada vez menor. Actualmente la revolución industrial tiende hacia una progresiva centralización de los capitales, requerida por el desarrollo de la gran industria que va suplantando á la pequeña ; el artesano libre y el pequeño industrial son vencidos por aquélla, pues disponiendo

de fuerzas productivas más intensas, produce á un precio más reducido y compite ventajosamente con la pequeña hasta reducirla á la impotencia. La gran producción industrial trae, como consecuencia del perfeccionamiento cada día mayor de los medios de producción, un relativo exceso de ésta que conduce á la competencia entre los mismos industriales ; el número de industrias poco explotadas, que dan al capital un interés muy superior al de la renta, es cada día menor.

Europa ha sembrado sus millones en la América del Sur, fomentando el desenvolvimiento de ciertas industrias relacionadas con su producción agropecuaria ; en cambio cada año se lleva enormes intereses que nos hacen verdaderos estados tributarios de algunos países. Casi todas las grandes empresas y compañías de producción y de transporte pertenecen á sindicatos extranjeros, que cada día se enriquecen más, en virtud del aumento progresivo de la producción nacional.

La eliminación de los más débiles por los más fuertes, la unificación de las fuerzas productivas, la intensificación de su capacidad productora, la concentración de todas las riquezas económicas, es precedida, acompañada y seguida por crisis, periódicas en algunos casos, continuas en otros, que mantienen en constante desorden la producción. De esas crisis suele resultar el continuo engrandecimiento de las grandes industrias á expensas del

continuo fracaso ó empequeñecimiento de las pequeñas. La estadística lo evidencia en algunos países donde el capitalismo ha llegado á su mayor desarrollo.

La producción agropecuaria, convertida en una industria al salir del régimen feudal, está destinada á concentrarse más ó menos rápidamente. El latifundismo, propio de nuestro régimen de distribución de la tierra, tiende á divorciar al colono del propietario, cuando no son una misma persona. Los colonos arrendatarios no pueden formar vastas cooperativas de producción; están obligados á servir la renta de los terratenientes y el interés de los acaparadores de productos. Estos últimos son los que operan la concentración comercial de la producción, especulando sobre las oscilaciones de su valor de cambio en el mercado internacional.

La situación del comercio es la misma, pues está vinculada y subordinada á la producción: el gran comerciante triunfa en la competencia, anadando al pequeño. A ese fenómeno universal se agrega entre nosotros, la especial inestabilidad del comercio latino-americano, sometido á los desequilibrios comunes á todo país de enriquecimiento rápido.

Este advenimiento del sistema capitalista implica la generalización del trabajo asalariado y la formación de una clase proletaria cuyos intereses serán divergentes de los de la clase capitalista. La ex-

tensión del trabajo alcanza ya, en la Argentina, á las mujeres y á los niños.

Actualmente el «standard of life» del obrero industrial en la Argentina no es inferior al promedio de los países europeos; pero, en cambio, existen facilidades mayores para que el colono extranjero se haga propietario. La división social en clases no es un hecho estable y definitivo. Fuera de pequeños núcleos cuyo abolengo remonta escasamente á pocos lustros ó á un siglo, todo el resto de la clase rica es de formación contemporánea; millares de proletarios industriales y colonos agrícolas han participado del enriquecimiento general de la nación, cuyo factor primordial ha sido la cultura progresiva de enormes extensiones de tierra libre. La capilaridad social ha permitido cierto encumbramiento del proletariado inmigratorio, que forma ya una clase burguesa frente á las oligarquías de los terratenientes de la época feudal. Sus aptitudes para el trabajo son infinitamente mayores que las del proletariado criollo, educado en la vagancia por el régimen caudillista, siguiendo las huellas trazadas por la colonización española.

Este período de transición, caracterizado por la inestabilidad de la división en clases sociales, sólo puede durar mientras prosiga la valorización de la tierra cultivable; á medida que disminuya la tierra libre el problema económico se irá planteando en términos precisos y la diferenciación social en clases

será un fenómeno concreto, acompañado por los mismos conflictos de intereses que la historia señala en todas las épocas.

La constitución de un proletariado—ya bien neta en los centros urbanos y en la economía industrial—creará nuevos intereses de clase, cuya influencia sobre la futura política nacional será cada vez más considerable.

La República Argentina marcha, pues, hacia el período de evolución económica que precede á una diferenciación neta de los partidos. La ausencia de grandes cuestiones históricas, religiosas y políticas es la mejor presunción de que ellos podrán ser francamente económicos.

El desarrollo de los intereses agropecuarios y el incesante crecimiento del comercio y de la producción industrial—la una en las campañas y la otra en los grandes centros urbanos—señalan el próximo devenir del régimen capitalista en sus dos grandes manifestaciones agropecuaria é industrial. Esas nuevas condiciones de vida económica determinarán un proletariado—en el sentido sociológico y político de la palabra—con intereses propios, destinado á diferenciarse progresivamente de las dos fracciones conservadoras.

El balance sociológico de la economía social argentina revela que en el momento actual existen—formadas ó en formación—tres grandes manifesta-

ciones de intereses económicos, bases probables de la futura política nacional.

a) La clase rural, cuyos intereses son los más importantes del país, pues se refieren á la riqueza agrícola y ganadera; esa fracción es favorable al incremento de la renta fundiaria. Sus grandes gestores políticos han sido el Partido Federal y el Partido Autonomista Nacional; su poder arraiga en los propietarios de la tierra y constituye una fuerza política eminentemente conservadora. Serían los *tories* de la República Argentina.

b) La burguesía más evolucionada, representante de los intereses industriales y comerciales, surgida por el desenvolvimiento del régimen capitalista, favorable al incremento del interés sobre la renta y el salario. Podrían desarrollarse en su seno varias tendencias secundarias: industriales-proteccionistas, comerciantes-librecambistas, etc. Su tradición política la formarían el Partido Unitario y los diversos partidos opositores constituídos en Buenos Aires para contrarrestar la influencia de las provincias. Representa la minoría de los intereses nacionales; por eso su intervención en el Gobierno ha sido siempre accidental ó secundaria. En general, puede considerarse como un elemento progresista en el desenvolvimiento institucional del país. Sería el partido de los *whigts*.

c) El proletariado, en formación todavía, se desenvuelve bajo dos aspectos: rural é industrial.

El primero será durante mucho tiempo un instrumento de los conservadores; el industrial lo ha sido de los partidos opositores de origen metropolitano, pero comienza á evolucionar hacia el socialismo. Tiende al incremento del salario á expensas del interés y la renta.

Esa es la teoría general. Su aplicación práctica no puede prescindir de dos factores que complicarán su sencillez esquemática.

La política argentina ha sido durante el siglo XIX el monopolio de una clase social, propietaria de la tierra, á cuyo lado vivían turbas de vasallos que nunca fueron una clase media ni un proletariado. Todas las luchas civiles y las variaciones políticas se han efectuado entre oligarquías pertenecientes á una misma clase: los unitarios eran la oligarquía porteña en lucha con las oligarquías provinciales embanderadas en el federalismo. Al pasar de la fase feudal á la agropecuaria, la situación ha cambiado por la incorporación al país de una gran masa inmigratoria; sus descendientes, ya enriquecidos, se van incorporando á la clase capitalista en formación y son más bien hostiles á las oligarquías autóctonas, esforzándose por arrancarles el poder político: es la lucha de la burguesía capitalista contra los privilegios feudales. Su ejemplo típico lo ofrece la provincia de Santa Fe, donde el fenómeno fué planteado con precisión por la llamada «Liga del Sud»; fácil es predecir igual evolución política en

la capital y en las provincias de mayor colonización extranjera. De ello se infiere que la política conservadora concentrará las fuerzas de las oligarquías criollas; los descendientes de extranjeros que se van incorporando á la nacionalidad se inclinarán decididamente á favor de toda política liberal-radical. Desde este punto de vista la inmigración concurrirá al saneamiento de la política oligárquica, después de haber contribuido á desenvolver las fuerzas económicas del país.

Esta última circunstancia establece la posibilidad de que los intereses del futuro proletariado argentino pueden concordar transitoriamente con los de las oligarquías agropecuarias ó con las del capitalismo industrial. Ello podrá motivar orientaciones políticas fundadas sobre la «cooperación de clase» junto con las propias de la «lucha de clase». Además, el proletariado puede obtener ventajas indirectas aprovechando los conflictos entre las dos fracciones conservadoras. La política socialista (entendida como la actuación de cierto programa económico) puede ser bilateral; dependerá por una parte de la acción económica y política de los trabajadores mismos, y por otra de la acción de los partidos gubernamentales en idéntico sentido. En determinadas circunstancias esa política podrá ser realizada por otros partidos, independientemente del proletariado y aun contra sus deseos. Roberto Peel, el más grande reformador inglés, fué un conserva-